





Turbación



Cristina Peri Rossi
Turbación



menos**cuarto**

© Cristina Peri Rossi, 2025
© de esta edición, Menoscuarto Ediciones, 2025

ISBN: 978-84-19964-39-7
Dep. legal: P-202/2025

Diseño de colección: Echeve
Ilustración de cubierta: René Magritte, *Los amantes* (detalle)
Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)
Printed in Spain – Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES, S.L.
C/ Italia, 49
34004 PALENCIA (España)
Tfno.: (+34) 979 701 250
correo@menoscuarto.es
www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Este libro se ha elaborado con papeles con certificado forestal que controlan el origen de la materia prima provenientes de montes sostenibles, garantizando el respeto al medio ambiente.

Turbación

La señora Cora padecía lo que ella misma no vaciló en calificar como una pequeña *turbación* («*Turbación viene de turba*», anotó el psicólogo en su cuaderno de notas. La turba era un líquido negro, pegajoso, que suele encontrarse en ciénagas y pantanos. ¿La señora Cora quería decir que escondía un pantano en su interior, una ciénaga oscura, bajo su apariencia de mujer fría y algo atildada?).

Podía precisar exactamente cuándo había comenzado. La señora Cora tenía cincuenta y dos años, y una vida completamente rutinaria, ordenada, sin sobresaltos. Se había casado muy joven. «No quisiera recordar la noche de bodas», le dijo al psicólogo.

—¿Por qué? —preguntó este, con aparente inocencia. Tenía la consulta en la calle Pelayo. Pero había insonorizado el despacho, para que los ruidos del exterior no entraran por las ventanas y conservar una sensación de intimidad, de recogimiento que favorecía las confidencias.

—Ahora estamos en otra época —dijo la señora Cora—. Pero entonces, y en un pueblo...

—¿Cuántos años tenía usted cuando se casó? —le preguntó el psicólogo.

—Veinte. Tenía veinte años. Y era huérfana de madre. Me crio mi abuela, viuda —dijo—. Una mujer muy buena, por cierto —agregó, apresuradamente, como para que nadie pudiera tener sospechas—, católica, pero algo rígida. Mi marido se llama Paco —agregó—. Él también es muy católico. Nos conocimos en el pueblo, pero él había conseguido un buen trabajo en Barcelona, de modo que alquilamos un piso —modesto, al principio— y emigramos. No crea que siempre he vivido en la zona alta —agregó, como para que el psicólogo no se confundiera—. Pero mi marido ha ido progresando en la empresa de productos químicos y tiene un cargo medio, lo cual nos ha permitido comprar un piso más grande y mejor situado. Y ahora que los chicos están criados, podemos darnos ciertos lujos, viajar, cambiar el auto, organizar cenas en casa con matrimonios amigos...

—¿Qué ocurrió la noche de bodas? —insistió el psicólogo. Le parecía que había encontrado un hilo de agua, un afluyente, a partir del cual quizás podría limpiar el mar del inconsciente. Aunque los mares conservan siempre alguna clase de suciedad. Todos los mares. No hay mar limpio, ni inconsciente limpio.

—Oh, verá usted —dijo la señora Cora—. Los dos éramos jóvenes y vírgenes, aunque él tenía tres años más

que yo. Nunca había visto a un hombre desnudo —agregó, después de una pausa.

—¿No habían tenido relaciones prematrimoniales? —preguntó el psicólogo.

—De ninguna manera —respondió ella, con cierta solemnidad—. Éramos católicos practicantes; además, viviendo en un pueblo... Y de pronto, él salió del baño en la habitación del hotel, la noche de bodas, con aquel aparato enorme entre las piernas... Nunca había visto algo así. No estaba completamente desnudo. Se había vestido con el pijama que le habían regalado especialmente para esa noche... Yo también tenía un camisón nuevo, blanco, con cintas del mismo color... No hubo preámbulos. Quiero decir que él estaba muy excitado. Los hombres y las mujeres no somos iguales. Ni física ni psicológicamente. A veces me pregunto por qué Dios, soy católica —insistió—, nos ha hecho tan diferentes... Yo solo tenía veinte años —volvió a decir la señora Cora, como teniendo piedad de sí misma—. De pronto mi marido apareció, con aquel aparato enorme entre las piernas y me asusté. Era la primera vez que veía a un hombre con el sexo empalmado. Me dio mucho miedo. Venía hacia mí, excitado, eufórico, me eché a llorar. «Quiero irme a casa, quiero volver con mi mamá», empecé a gritar, tapándome los ojos con las manos. («*Regresión autodefensiva*», anotó el psicólogo en su cuaderno de notas.) Figúrese, yo, que era huérfana, ¡quería volver con mi mamá! Pensaba en ella como la única protección posible, aun-

que apenas podía recordarla. La había perdido a los tres años, cómo me iba a acordar de ella. Pero nadie me había preparado para la famosa noche de bodas. Un ritual, un ritual de iniciación —ahora lo sé— sadomasoquista. Yo había pensado que una vez en la habitación del hotel, nos besaríamos, nos abrazaríamos, hasta bailaríamos un vals y beberíamos un poco de *champagne*... y luego, entre caricias, nos iríamos a la cama, con mucha ternura. El *champagne* estaba ahí, en un recipiente de metal, cubierto por un paño blanco, pero no bebimos, ni nos besamos ni nos abrazamos. «Soy un hombre y ahora tú eres mi mujer», gritaba, enardecido. Yo cerré las piernas instintivamente. Aquello apuntaba hacia mí como un proyectil, como un obelisco... ¿Se ha fijado en la cantidad de monumentos en forma de pene que hay en las ciudades? —le preguntó al psicólogo, luego de una pausa—. Yo no lo había advertido antes. Antes de la noche de bodas, quiero decir. Una amiga mía, escritora —dijo con cierto empaque— me explicó que se debe a que la mayoría de los arquitectos son hombres. Y los hombres aman su pene, quizás es lo que más quieren en este mundo. Ella lo llamó un símbolo —agregó—, pero esto lo supe mucho después, mucho después de la noche de bodas. Cuando vi aquel obelisco enhiesto, apuntándome, pensé que era demasiado grande para mí, que me haría mucho daño al entrar. Hay disfunciones, ¿verdad? Entonces yo no lo sabía, pero lo intuí. Para una mujer de veinte años que no ha salido de su pueblo, aquel pene era despropor-

cionado. Su imagen daba miedo, no deseo. Yo lloraba con las piernas cerradas y él me gritaba, persiguiéndome, empujando. «No te va a doler mujer, solo será un momento, solo será un momento.» ¿Cómo no me iba a doler? Corríamos alrededor de la cama —ahora me río al recordarlo, pero a veces también lloro—, él, empalmado, tratando de cazarme, y yo, intentando huir. «Ahora eres mi mujer, ya verás cómo te gusta, con el tiempo va a gustarte a ti también», me decía.

Hizo una pausa.

El psicólogo la respetó. No estaba muy convencido de que recordar algo doloroso, tiempo después, sirviera para disminuir el sufrimiento. La psicología no es una ciencia, es una disciplina, no tiene leyes, solo empirismo. Y él aplicaba ese método como cualquier otro.

—Cada vez que me embestía —continuó la señora Cora— en mi cabeza aparecía un toro.

«*Imaginativa y proyectiva*», anotó el psicólogo en su cuaderno de notas.

—¿Se ha dado cuenta de que la palabra penetrar quiere decir «pene que entra» —le preguntó al psicólogo, como si, de pronto, hubiera tenido una revelación.

«*La modificación más importante que se produce en las sesiones terapéuticas es del lenguaje. Los pacientes comienzan a tener una extraordinaria lucidez acerca de las palabras.*» El psicólogo tomaba notas. Tenía la secreta esperanza de poder publicarlas algún día y retirarse. Retirarse a un lugar cerca del mar, no escuchar más que el ruido del

agua y del viento, dejarse estar, dejarse ir... Respirar aire de brisa y, quizás, dedicarse a jugar al golf.

—Lo que penetra hiende, rompe, rasga —agregó la señora Cora y a él le pareció que tenía un lenguaje bastante más completo que la mayoría de las personas a las que atendía en el hospital. Pero esta era su consulta privada.

»Me embestia como un toro —dijo—. No los toros mansos de las corridas —agregó—, que están como desconcertados, descerebrados, sino los toros bravos. Entonces recordé la reproducción de un cuadro que vi una vez, en una revista. En el cuadro, un animal provisto de un solo cuerno muy largo —tan largo casi como su cuerpo— reposaba en el regazo de una joven. Leí el artículo. Decía que los unicornios se sentían atraídos por las jóvenes vírgenes; era algo así como una prueba de castidad. ¿Los unicornios desfloraban a las doncellas? Pero mi marido no era un unicornio; era un toro bravo. Íntimamente, me puse a rezar. Rezaba: «Jesusito de mi vida, que este toro no me haga daño, que no me destruya, que no me embista, que no me hiera». La desfloración es un acto doloroso y sangriento. Algunas amigas del pueblo me habían hablado de él, y me decían que lo mejor era cerrar los ojos y aguantar. En realidad, no sé qué utilidad tiene el himen, si no es para causar placer al que lo rompe. Él lo rompió. Yo gemía, lloraba, pero él consiguió penetrarme. «No llores, mujer —me decía—. Esto es el matrimonio, ahora estamos casados. Ya verás cómo con el tiempo te gustará.»